



FERNANDO HUARTE IN MEMORIAM

BIBLIOGRAFÍA DE FERNANDO HUARTE MORTON

Concha LOIS

AVISO Las obras aparecen ordenadas cronológicamente según su fecha de publicación. Después de la primera edición se indican, también en orden cronológico, las que han ido apareciendo hasta la fecha. La bibliografía se cierra con un índice de títulos, ordenados alfabéticamente.

1. El ideario lingüístico de Miguel de Unamuno / Fernando Huarte Morton; Mario Hernández Sánchez-Barba, dir.- Madrid: Universidad de Madrid, 1949. - 449 f.; 29 cm. - Tesis inédita de la Universidad de Madrid, Facultad de Filosofía y Letras, leída en 1949.

a) «El ideario lingüístico de Miguel de Unamuno», en *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, V, 1954, p. 5-183.- Tirada aparte, Salamanca: Universidad, Facultad de Filosofía y Letras, 1954.

2. «Un vocabulario castellano del Siglo XV», en *Revista de Filología Española*, t. XXXV (1951), 310-340.

3. «Amalio Huarte y Echenique», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, t. LVIII (1952), 132-138.

4. «Tres vocablos de Unamuno: "Chibolete", "cocotología", "nivola"», en *Revista de Letras* (1952), 171-176. - Tirada aparte, Oviedo: Universidad, Facultad de Filosofía y Letras, 1952.

5. «Las bibliotecas particulares españolas de la Edad Moderna», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, t. LXI, n.2, julio-diciembre (1955), 556-576.

6. Cartilla de tipografía para autores: preparación de originales y corrección de pruebas.- Madrid: Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1955.- 72 p., [1] h.; 22 cm.- (Anejos del *Boletín de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas*; 28).

a) *Cartilla de tipografía para autores: preparación de originales y corrección de pruebas*. -2ª ed. - Madrid: Alfaguara; Castalia, 1970.- 76 p.; 21 cm.

7. «Bibliografía de Dámaso Alonso», en *Papeles de Son Armadans*, t. XI, n. 32-33, noviembre-diciembre (1958), 467-518.

a) «Bibliografía de Dámaso Alonso», en *Homenaje universitario a Dámaso Alonso* / reunido por los estudiantes de Filología Románica, curso 1968-1969.- Madrid: Gredos, 1970, p. 295-347.- Hay tirada aparte, Madrid: Gredos, 1970.

b) *Bibliografía de Dámaso Alonso* / Fernando Huarte Morton, Juan Antonio Ramírez Ovelar.- Madrid: Gredos, 1998.- 132 p.; 20 cm.- (Biblioteca Románica Hispánica; I. Tratados y monografías; 18).

8. «Vicente Aleixandre», en *Papeles de Son Armadans*, t. XI, n. 31, octubre (1958), 445-463.

9. «Camilo José Cela: bibliografía», en *Revista Hispánica Moderna*, XXVIII, 2-4, abril-octubre (1962), 111-123.- Tirada aparte, New York: Hispanic Institute in the United States, 1962.

10. *El español coloquial* / Werner Beinhauer; [versión de Fernando Huarte Morton].- Madrid: Gredos, 1963.- 445 p., 1 h.; 21

cm.- (Biblioteca Románica Hispánica; II. Estudios y ensayos).- Traducción de: Spanische Umgangssprache.

a) *El español coloquial* / Werner Beinhauer; prólogo de Dámaso Alonso; versión de Fernando Huarte Morton.- [2ª ed.]. - Madrid: Gredos, [1968].- 459 p. ; 21 cm.- (Biblioteca Románica Hispánica; II. Estudios y ensayos; 72).

b) *El español coloquial* / Werner Beinhauer; prólogo de Dámaso Alonso; versión española de Fernando Huarte Morton. - 2ª ed. corr., aum. y act.- Madrid: Editorial Gredos, 1973. - 459 p. ; 21 cm. - (Biblioteca Románica Hispánica; II. Estudios y ensayos; 72).

c) *El español coloquial* / Werner Beinhauer; prólogo de Dámaso Alonso; versión [del alemán] de Fernando Huarte Morton. - 3ª ed. aum. y act. - Madrid: Gredos, 1978. - 556 p. ; 20 cm.- (Biblioteca Románica Hispánica; II. Estudios y ensayos ; 72)

d) *El español coloquial* / Werner Beinhauer; prólogo de Dámaso Alonso; versión española de Fernando Huarte Morton. - 3ª ed. aum. y act., 1ª reimp. - Madrid: Gredos, 1978 (1985 imp.). - 556 p. ; 20 cm.- (Biblioteca Románica Hispánica; II. Estudios y ensayos; 72).

11. «Ensayo de una bibliografía de “La familia de Pascual Duarte”», en *Papeles de Son Armadans*, t. XLVIII, n.142, enero (1968), 61-165.

12. *Bibliografía de “Viaje a la Alcarria” de Camilo José Cela.*- Guadalajara: Diputación Provincial, 1972. - 72 p. ; 23 cm.

a) “Viaje a la Alcarria” de Camilo José Cela: *recuento del cincuentenario (1948-1998)*. - Iria Flavia: Fundación Camilo José Cela, Marqués de Iria Flavia, 2000. - 203 p. ; 18 cm. - (O tabeirón namorado; 7).

13. *Historia del libro* / Svend Dahl; traducción del danés por Alberto Adell; adiciones españolas de Fernando Huarte Morton. - Madrid: Alianza Editorial, [1972]. - 319 p. ; 18 cm. - (El Libro de Bolsillo; 373).- Edición conmemorativa del Año Internacional del Libro 1972. - Traducción de: Bogens historie.

a) *Historia del libro* / Svend Dahl; traducción del danés por Alberto Adell; adiciones españolas de Fernando Huarte Morton. - [1ª ed.]. - Madrid: Alianza Editorial, 1982. - 316 p. : il. ; 20 cm. - (Alianza Universidad; 336).

b) *Historia del libro* / Svend Dahl; traducción por Alberto Adell; adiciones españolas de Fernando Huarte Morton.- Madrid: Alianza Editorial, 1982, (1987 imp.). - 316 p. : il. ; 20 cm. - (Alianza Universidad; 336).

c) *Historia del libro* / Svend Dahl; traducción del danés por Alberto Adell; adiciones españolas de Fernando Huarte Morton. - [2ª ed. en "Alianza Universidad"].- [Madrid]: Alianza Editorial, 1983. - 316 p. ; 20 cm. - (Alianza Universidad; 336).

d) *Historia del libro* / Svend Dahl; adiciones españolas, Fernando Huarte Morton; traducción, Alberto Adell. - Barcelona: Altaya, 1997. - 316 p. ; 21 cm. - (Grandes obras de historia; 60).

e) *Historia del libro* / Svend Dahl; traducción del danés, Alberto Adell; adiciones españolas, Fernando Huarte Morton. - 1ª ed. en “Ensayo” - Madrid: Alianza Editorial, 1999. - 316 p.: il.; 20 cm. - (El Libro Universitario. Ensayo; 126).

f) *Historia del libro* / Svend Dahl; traducción del danés, Alberto Adell; adiciones españolas, Fernando Huarte Morton. - Madrid: Alianza Editorial, [2007]. - 316 p. ; 20 cm. - Edición especial de carácter no venal.- En cubierta: “Librería L”.

14. «La Biblioteca de la Universidad Complutense de Madrid», en *Boletín de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas*, XXIII, n. 135-136, enero-abril (1974), 53-60.

15. «La descripción de los libros raros», en *Primeras Jornadas de Bibliografía.*- Madrid: Fundación Universitaria Española, 1977, p. 65-69.

16. *Constituciones, estatutos y nuevo arreglo del Colegio de la Inmaculada Concepción de Alcalá de Henares* / [Prólogo] de Fernando Huarte Morton y Mª Luisa López-Vidriero.- Madrid: Universidad Complutense, 1981. - [4] h.

17. «Ediciones de La familia de Pascual Duarte», en *Los Cuadernos del Norte*, 15, septiembre-octubre (1982), 18-23.

a) *Recuento de ediciones de “La familia de Pascual Duarte” de Camilo José Cela.*- Valencia: O tabeirón namorado, 1982.- 195 p., 1 h. ; 18 cm.

18. *Los libros de casa: formación y cuidado de una biblioteca.* - [1ª ed.].- Barcelona: Luis de Caralt, 1984.- 159 p. ; 20 cm. - (Biblioteca práctica).- Bibliografía, p. 147-150.- En la cubierta, los títulos aparecen en orden inverso.

- a) *Los libros de casa: formación y cuidado de una biblioteca*. - [2ª ed.]. - Madrid: Confederación Española de Gremios y Asociaciones de Libreros, 1985. - 156 p. ; 19 cm.
- b) *Los libros de casa: formación y cuidado de una biblioteca*. - [3ª ed.]. - [Valladolid]: Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura; [Madrid]: C.E.G.A.L., 1997. - 142 p. ; 19 cm. - Bibliografía, p. 131-135.
19. «Unamuno y las lenguas nacionales», en *Revista de la Universidad Complutense*, n. 1-4 (1986), 1-10.
20. *Dedicatorias* / Camilo José Cela; [prólogo de Fernando Huarte Morton]. - 2ª ed. corr. - Madrid: El Observatorio Ediciones, 1987. - 53 p. ; 19 cm. - (Las buenas lecturas; 6).
21. «El libro, el bibliotecario y el lector de fondo antiguo en la biblioteca», en *Homenaje a Justo García Morales*. - Madrid: ANABAD, 1987, p. 305-332. - Hay tirada aparte.
22. *El Exlibris*. - Madrid: Confederación Española de Gremios y Asociaciones de Libreros, 1987. - 45, [78] p.: principalmente il. ; 12 x 18 cm.- Edición no venal.- Obsequio de los libreros españoles, Fiesta del Libro.
23. «La imprenta y su evolución», en *Historia 16*, XIV, n. 157, mayo (1989), 53-60. - Número monográfico titulado: *La aventura del libro. Historia de cinco mil años de escritura*.
24. *Bibliografía básica de Camilo José Cela, premio Nobel de literatura* / por Carlos Fernández Santander; con el asesoramiento de Fernando Huarte Morton. - La Coruña: Librería Arenas, 1990. - 57 p. : il. ; 16 cm. - En la portada: "Es un obsequio a sus amigos de Librería Arenas y Cervantes".
25. «Breve (o parcial) historia de Luis García Ejarque y bibliografía de Luis García Ejarque», en *Miscelánea-homenaje a Luis García Ejarque* / Federación Española de Sociedades de Archivística, Biblioteconomía y Documentación (FESABID). - San Fernando de Henares, Madrid: Bitácora, [1992]. - 296 p. ; 24 cm., p. 41-52.
26. *50 Años de "La familia de Pascual Duarte", de Camilo José Cela*: [exposición organizada por el Ministerio de Cultura, Centro de las Letras Españolas con la colaboración de la Fundación Camilo José Cela y la Biblioteca Nacional / recopilación de textos y descripción bibliográfica, Fernando Huarte]. - [Madrid]: Centro de las Letras Españolas, 1992. - 227 p. ; 24 cm.
- a) "La familia de Pascual Duarte" de Camilo José Cela: *50 años: recuento de ediciones* / Centro de las Letras Españolas; Fundación Camilo José Cela; Biblioteca Nacional. - [Madrid]: Centro de las Letras Españolas; Iria Flavia [La Coruña]: Fundación Camilo José Cela, 1992. - xxxiv, 227 p. : il. ; 21 cm.
- b) "La familia de Pascual Duarte" de Camilo José Cela: *recuento del cincuentenario (1942-1992) y algunas papeletas más*. - Iria Flavia [La Coruña]: Fundación Camilo José Cela, 1994. - 323 p. ; 18 cm. - (O tabeirón namorado; 4).
27. *Uso y disfrute de diccionarios y enciclopedias*. - Madrid: Confederación Española de Gremios y Asociaciones de Libreros, 1992. - 125 p. ; 19 cm. - Fiesta del Libro. Cortesía de los libreros españoles.
28. «"Pabellón de reposo" y "Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes"», de Camilo José Cela: *recuento del cincuentenario, (1943-1993), (1944-1994)*. - [Padrón]: Fundación Camilo José Cela, 1994. - 102 p. 18 cm. - (O tabeirón namorado).
29. *Los cuentos de "Esas nubes que pasan" de Camilo José Cela: recuento del cincuentenario (1945-1995)*. - Iria Flavia: Fundación Camilo José Cela, 1996. - 112 p. ; 18 cm. - (O tabeirón namorado).
30. *La poesía de Camilo José Cela: recuento bibliográfico (1935-1996)*. - Iria Flavia [Padrón]: Fundación Camilo José Cela, 1996. - 185 p.; 18 cm. - (O tabeirón namorado; 4).
31. «Bibliografía celiana: la primera edición de La catira», en *El extramundi y los papeles de Iria Flavia*, año 4, n. IX, primavera (1997), p. 267-281. - Hay tirada aparte de 50 ejemplares numerados.
32. *Los artículos de "Mesa revuelta" de Camilo José Cela: recuento del cincuentenario (1945-1995)*. - Iria Flavia: Fundación Camilo José Cela, 1998. - 139 p.; 18 cm. - (O tabeirón namorado; 5).
33. *Los cuentos de "El bonito crimen del carabinero" de Camilo José Cela: recuento del cincuentenario (1947-1997)*. - [Iria Flavia]: Fundación Camilo José Cela, Marqués de Iria Flavia, 1998. - 128 p. ; 18 cm. - (O tabeirón namorado; 6).
34. «Quemar mis libros», en *Analecta malacitana: Revista de la Sección de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras*, 22(1) (1999), 179-182.

35. *Bibliografía celiana: el manuscrito de "La colmena"*. - Iria Flavia: Universidad Camilo José Cela, [2000]- [52] p., il. bl. y n. ; 21 cm.
36. «Las ediciones de "La colmena", en *El Extramundi y los papeles de Iria Flavia*, año 8, n. XXIX, primavera (2002), 119-130. - Hay tirada aparte de 50 ejemplares numerados.
37. «Vocación y oficio de escritor en Camilo José Cela», en *El Extramundi y los Papeles de Iria Flavia*, año 9, n. XXXVI, invierno (2003), 5-57. - Hay tirada aparte de 50 ejemplares numerados.
38. «De La cesta de agua a San Camilo 1936», en *Anuario 2005 de estudios celianos*. -Madrid: Universidad Camilo José Cela, 2005, p. 57-64.
39. «De la Real Academia Española», en *El Extramundi y los papeles de Iria Flavia*, año 11, n. XLIII, otoño (2005), 5-7.
40. «Mi relación con Dámaso Alonso», en *El Extramundi y los papeles de Iria Flavia*, año 11, n. XLII, verano (2005), 49-52.
41. «Camilo José Cela, bibliófilo y editor», en *Anuario 2007 de estudios celianos*. - Madrid : Ediciones de la Universidad Camilo José Cela, 2006, 193-205.

ÍNDICE DE TÍTULOS

- 50 Años de La familia de Pascual Duarte, de Camilo José Cela: 26.
- Amalio Huarte y Echenique: 3.
- Los artículos de «Mesa revuelta» de Camilo José Cela: recuento del cincuentenario (1945-1995): 32.
- Bibliografía básica de Camilo José Cela, premio Nobel de literatura: 24.
- Bibliografía celiana: el manuscrito de «La colmena»: 35.
- Bibliografía celiana: la primera edición de «La catira»: 31.
- Bibliografía de Dámaso Alonso: 7.
- Bibliografía de «Viaje a la Alcarria» de Camilo José Cela: 12.
- La Biblioteca de la Universidad Complutense de Madrid: 14.
- Las bibliotecas particulares españolas de la Edad Moderna: 5.
- Breve (o parcial) historia de Luis García Ejarque y bibliografía de Luis García Ejarque: 25.
- Camilo José Cela, bibliófilo y editor: 41.
- Camilo José Cela: Bibliografía: 9.
- Cartilla de tipografía para autores: preparación de originales y corrección de pruebas: 6.
- Constituciones, estatutos y nuevo arreglo del Colegio de la Inmaculada Concepción de Alcalá de Henares: 16.
- Los cuentos de «El bonito crimen del carabinero» de Camilo José Cela: recuento del cincuentenario (1947-1997): 33.
- Los cuentos de «Esas nubes que pasan» de Camilo José Cela: recuento del cincuentenario (1945-1995): 29.
- De «La cesta de agua» a «San Camilo 1936»: 38.
- De la Real Academia Española: 39.
- Dedicatorias: 20.
- La descripción de los libros raros: 15.
- Las ediciones de «La colmena»: 36.
- Ediciones de «La familia de Pascual Duarte»: 17.
- Ensayo de una bibliografía de «La familia de Pascual Duarte»: 11.
- El español coloquial: 10.
- El Exlibris: 22.
- «La Familia de Pascual Duarte» de Camilo José Cela: 50 años: recuento de ediciones: 26.
- «La Familia de Pascual Duarte» de Camilo José Cela: recuento del cincuentenario (1942-1992) y algunas papeletas más: 26.
- Historia del libro: 13
- El ideario lingüístico de Miguel de Unamuno: 1.
- La imprenta y su evolución: 23.
- El libro, el bibliotecario y el lector de fondo antiguo en la biblioteca: 21.
- Los libros de casa: formación y cuidado de una biblioteca: 18.
- Mi relación con Dámaso Alonso: 40.
- «Pabellón de reposo» y «Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes», de Camilo José Cela: recuento del cincuentenario (1943-1993), (1944-1994): 28.
- La poesía de Camilo José Cela: recuento bibliográfico (1935-1996): 30.
- «Quemar mis libros»: 34.
- Recuento de ediciones de «La familia de Pascual Duarte» de Camilo José Cela: 17.
- Tres vocablos de Unamuno: «Chibolete», «cocotología», «nivola»: 4.
- Unamuno y las lenguas nacionales: 19.
- Uso y disfrute de diccionarios y enciclopedias: 27.
- «Viaje a la Alcarria» de Camilo José Cela: recuento del cincuentenario (1948-1998): 12.
- Vicente Aleixandre: 8.
- Un vocabulario castellano del Siglo XV: 2.
- Vocación y oficio de escritor en Camilo José Cela: 37.

LAS BIBLIOTECAS PARTICULARES ESPAÑOLAS DE LA EDAD MODERNA.
AMOR Y BIBLIOGRAFÍA CADA DÍA

María Luisa LÓPEZ-VIDRIERO

*De los álamos vengo, madre,
de ver cómo los menea el aire*

En 1955, un artículo de Fernando Huarte abría la vía a las investigaciones sobre las bibliotecas privadas, sin duda una de las materias que mejor reflejan los cambios historiográficos y el desarrollo que los estudios históricos sobre libro, lectura y coleccionismo han alcanzado en España en los últimos sesenta años. Quienes trabajamos en estos temas reconocemos que nuestro primer contacto con «Las bibliotecas particulares españolas de la Edad Moderna» nos entregaba un nuevo territorio de investigación y mucho más, la indicación precisa de cómo recorrerlo.

Con Sánchez Cantón o Schiff, el nombre de Huarte se unía en ese momento al de los estudiosos que se aproximaban a las colecciones privadas desde el punto de vista de la erudición bibliográfica. Sin embargo, su llamada al método de estudio, punto de partida de su artículo, marcaba la diferencia con ellos al centrarse en la clasificación de las fuentes de investigación imprescindibles para el análisis de las librerías privadas. Su llamada de atención sobre las procedencias ponía el acento sobre lo que en la actualidad nos parece imprescindible, el estudio de los datos de ejemplar, algo que durante excesivo tiempo no había reclamado la atención de quienes describían las colecciones patrimoniales.

Identificación de los libros, reconstrucción de colecciones dispersas y apreciación del valor cultural de las colecciones quedaban fijadas en su trabajo como tres etapas a cubrir en el estudio de una biblioteca privada. El mero inventario, el listado de obras con una introducción somera, no podían ser el objetivo que un historiador del libro aunque sirviesen para engrosar el currículum.

La lectura social del coleccionismo que Huarte propugna en la clasificación de los bibliófilos es la que años después se seguirá en España, cuando las corrientes historiográficas francesas introduzcan un nuevo punto de vista en el análisis de las bibliotecas privadas. Las aportaciones de los hispanistas (Bartolomé Bennassar, Maxime Chevalier, Berger) tendrían una gran importancia sumándose a lo que, como un punto del estudio, se había indicado en «Las bibliotecas particulares españolas». El estudio de los inventarios *post mortem*, una magnífica fuente para la evaluación de la difusión de la cultura del libro y para el estudio de su significación sociocultural, muestra en la calidad variable de su abundantísima bibliografía las amplias posibilidades de explotación de este tipo de documentación que se abren partiendo de una metodología de investigación estructurada y atenta a las disciplinas múltiples que confluyen en un estudio cultural sobre coleccionismo.

«El arte bibliotecológico de los bibliófilos» formulaba la necesidad absoluta de estudiar lo que a partir de Chartier enunciamos como el orden de los libros. Es innecesario citar los nombres que asociamos con esta importante vía de estudio en la que todos quienes la hemos seguido somos deudores de ese punto «E, la biblioteconomía». Porque en él se tomaba en consideración la instalación, el régimen de uso de la colección -las correspondencias particulares han permitido entender y reconstruir la circulación y la función del libro, manuscrito o impreso en la sociedad nobiliaria moderna-, así como la importancia del origen de la colección -que explica el papel fundamental del coleccionismo librario en la escala social- Hoy son monografías lo que en el artículo de Huarte se presentaban como puntos, epígrafes en una octavilla a la espera de un trabajo de mayor envergadura.

La necesidad de establecer una base de datos única para el estudio del coleccionismo nobiliario es la última y acertada llamada de atención. Un «catálogo único podría llegar a constituir un repertorio de utilidad» afirma en el Resumen y abre el horizonte a un propósito al que nos unimos a través de medios informáticos y digitales.

Son sin duda las dos primeras notas a pie de página las que explican por qué en un trabajo de doce páginas reconocemos una piedra angular en los estudios del coleccionismo librario: una profesión entendida desde la filología y los estudios literarios en la que el trato estrecho con maestros como Dámaso Alonso proporcionaban una solidez y un entendimiento del trabajo bibliotecario inseparable de la investigación. También, y en esa misma línea, la necesidad de que la bibliografía debía comprenderse y practicarse desde el estudio material de los libros. Desde el amor con que estos merecen ser tratados.

CARTILLA TIPOGRÁFICA PARA AUTORES
RESPONSABILIDAD Y BUENAS MANERAS EN LA IMPRENTA

Pablo ANDRÉS ESCAPA

Un repaso a la bibliografía de Fernando Huarte Morton incluida en este pliego nos revela el perfil intelectual de un bibliófilo entregado durante años a poner orden en la literatura producida por varios de nuestros mejores escritores: Dámaso Alonso,

Vicente Aleixandre y Camilo José Cela -especialmente este último- son presencias constantes en la labor bibliográfica de Huarte. Sin desatender a cuestiones filológicas que importan a neologismos de Unamuno pero también al español coloquial -véase la décima entrada de la bibliografía, un título y una materia revisados periódicamente durante más de una década-, o a un vocabulario castellano del siglo XV, hay un apego práctico, de ciencia aplicada vale decir, en la obra de Huarte que destaca de manera muy particular. Tal vez su ascendencia anglosajona tuviera algo que ver en esta propensión, que se declara en títulos tan diáfanos con sus intenciones como «La descripción de los libros raros» (1977), *Los libros de casa: formación y cuidado de una biblioteca* (1984), «El libro, el bibliotecario y el lector de fondo antiguo en la biblioteca» (1987) o *Uso y disfrute de diccionarios y enciclopedias* (1992). De esa misma familia de textos pensados para resolver problemas propios del trato diario con los libros, o para iluminar aspectos lúdicos de letras a menudo despachadas sin contemplaciones como plúmbeas -¿querría Huarte acercarnos al privilegio de Borges: confesar que disfrutamos honestamente leyendo enciclopedias?-, traigo brevemente aquí un título de 1955 que es un placer intempestivo vindicar ahora: *Cartilla de tipografía para autores: preparación de originales y corrección de pruebas*.

Medio siglo después de su publicación, pervive en estas páginas una propuesta más vigente en lo ético que en lo estrictamente tipográfico. La edición electrónica y sus recursos han hecho menos urgente el aparato de signos y la obsesión por dejar advertencias para el editor en los márgenes de un original. Pero no han abolido la deuda con la perfección ni el uso de buenas maneras que debe inspirar todo trato con el texto que se confía a otras manos. La idea es, o ha sido hasta hace nada, hija del respeto por el trabajo manual y la rectitud. *El Syntagma de arte typographica*, de Caramuel, otra cartilla para bien imprimir publicada en 1664, madrugó al exponer esta doble obligación: las palabras que cierran el prólogo declaran que el tratado ve la luz por servir de gobierno «a manos y a conciencias». Las manos son de autores y la conciencia se reserva a los buenos oficios -y a la honradez- del impresor.

Quaestiones artificiales y quaestiones morales se reparten la doctrina de Caramuel sobre cómo imprimir de la mejor manera posible. La cartilla de Fernando Huarte es herencia de esa dualidad o de esa concordia que hoy conviene reclamar especialmente en lo que toca a los aspectos éticos de la edición, incluida la responsabilidad de los autores a la hora de presentar cuerdamente sus textos. Reconocía Caramuel la deuda de los que quieren publicar libros con los editores y la necesidad de corresponder a ese servicio facilitándoles el trabajo. También Huarte dirige su cartilla a los autores -no hay más que ver el título- y lo hace apelando al compromiso que tienen contraído con la buena presentación de su trabajo y la atenta vigilancia de su proceso editorial para lograr el mejor resultado posible. Es decir, aspectos técnicos (*quaestiones artificiales*) unidos a derivaciones éticas (*quaestiones morales*).

La primicia de la *Cartilla de tipografía para autores* estriba hoy, me parece a mí, no tanto en la cualidad del destinatario como en la representación social de quien encarnaba esa condición en 1955. Las observaciones de Huarte tenían la esperanza de interesar a «eruditos, periodistas, médicos, abogados, jefes de oficina, novelistas y, en general, a todos los que han de enviar a imprimir sus trabajos». «Orientación» es el sustantivo que él emplea a la hora de expresar las aspiraciones del manual. Y es en esta modestia y en la declaración de los oficios que ejercen los destinatarios ideales de la cartilla donde el paso del tiempo ha venido a poner su rigor sobre la letra. Me temo que el espectro social que se relaciona profesionalmente -es decir, responsablemente- con la escritura ha mermado hoy en día con respecto a la enumeración de Huarte. Pero también pudiera ser que la mengua esté en el grado más que en el número. Tengo la impresión de que ahora importa menos lo que el novelista y el médico o el periodista y el abogado tienen que decir -y no digamos ya cómo lo dicen- que el hecho de que sea el representante de una profesión liberal bien considerada quien lo dice. Huarte insiste en la responsabilidad del autor frente a su texto, en la limpieza del original, en la corrección del estilo y en la pulcritud que debe exigirse del material gráfico: «el texto más sencillo, escrito e impreso con gusto, constituye muchas veces una obra de arte». Lo dice Huarte por el original que se entrega a la imprenta. La edición digital no ha suprimido ese trámite ni debe prescindir de la cortesía de presentar los textos de la manera más limpia posible, aunque se envíen en un soporte electrónico y las intervenciones para corregirlos no dejen huella del tortuoso esfuerzo del editor literario. Para la honradez del trabajo no hay edad; ni cartilla tipográfica que apelando al buen oficio de las manos y las conciencias rebaje su compromiso con la perfección.

NIEBLA

Pablo ANDRES ESCAPA

El escaparate de Belarmino Quirós -paraguas, bastones y sombreros de paño- era un raro espejismo en el que las horas hubieran afianzado su condición de meras ilusiones del tiempo pasajero para asumir un destino inmóvil. Aquella quietud de los objetos, acaso reforzada por la edad de los arcos de la plaza que amparaban el negocio y por la sonería sin memoria de las campanas vecinas de la catedral, le daban a la tienda de don Belarmino una consistencia utópica, de islote varado en alguna fecha que el viento hubiera arrancado del calendario para ir a perderla en un rincón de la historia del que ya no era posible regresar. La desorientación, para quien no conociera el escaparate detenido en un repertorio que llevaba años sin ceder a la más mínima mudanza, aún era mayor

cuando se ponían los ojos en cierta esquina del espacio acotado por el cristal. Allí, desafiando estaciones y calendarios, surgía la conmoción de un paraguas invertido sobre el suelo, un paraguas invertido y abierto como se abre una mano dispuesta a recibir lo que quieran echarle. Y lo que acogía aquel cuenco de tela negra sobre la que don Belarmino había pegado unas estrellas doradas, no era otra cosa que la representación de un sagrado misterio: en una intemperie atravesada por un laberinto de varillas -lo cual bien podía hacer más lacerante el desamparo nocturno sugerido por la noche estrellada del paraguas-, una mula y un buey velaban sobre un pesebre vacío. En seguida se advertía la rareza del cuadro, que alentaba toda suerte de explicaciones desconcertadas entre quienes se paraban a observarlo desde el exterior. Porque se podía esperar que faltara el Niño cumpliendo con el escrúpulo de las tradiciones, que entre los más celosos de guardarlas mandan esperar por la llegada de una noche precisa de diciembre para dejar al hijo de Dios expuesto al mundo. Pero es que tampoco había virgen pendiente del milagro. Solitario frente a las pajas desnudas, la figura de san José parecía consolarse de ausencias en el abrazo de su cayada florida. Era como si la añoranza labrase cada voluta del palo y toda la pena del mundo hubiera ido a prenderse de aquel báculo que sostenía el cuerpo inclinado de un hombre sin consuelo. En las alturas, colgado del puño del paraguas, que sugería el remate de un mástil torcido y revelado por estrellas, volaba un ángel sin gloria que cantar bajo los pies.

Dentro de la tienda la penumbra imponía su reinado de aureolas difusas. Quienes conocían al dueño del negocio, veían en el precario nacimiento del escaparate una prolongación del ánimo declinante que invadía todo lo reunido en el interior, incluida la existencia de don Belarmino. Aquella imagería triste era el símbolo de una condición desgraciada que se resistía a olvidar la fecha precisa de su origen: una Nochebuena, alejada ya en el recuerdo de casi todos, el cielo se había abierto no para dejar paso a la redención del mundo sino para llevarse por aquel mismo resquicio la vida de doña Nieves, que en su última sonrisa a don Belarmino, una mueca de infinita resignación, según la recordaba él, arrastró también la esperanza de dejarle como última compañía el fruto tan deseado de su vientre. El entierro dejó en no pocas memorias la imagen dolorosa del viudo a su regreso del cementerio, unos metros por delante de la comitiva, cargado de hombros mientras introducía la llave en la puerta del negocio, la cerraba tras de sí y reaparecía un momento después en el escaparate, descalzo entre los paraguas, los bastones y los sombreros, avanzando con tiento hasta alcanzar con las manos al Niño que tendía los brazos al aire, y a su madre, que se inclinaba solícita ante la llamada. En los ojos de cuantos se detuvieron a contemplar la maniobra, quedó prendido el temblor de la cortinilla que corrió don Belarmino para cerrar el fondo del escaparate y desaparecer de la vista. Más huérfano que nunca, allí quedó expuesto a todas las miradas el paraguas que unos días antes se había abierto lleno de promesa para sostener la ilusión de Belén y del mundo entero que quisiera pararse a contemplarlo al abrigo templado de los soportales.

Desde entonces, y era una veintena larga de años la medida del desconsuelo, la realidad no podía verse sino como un derrumbe renovado cada despertar, un progreso constante hacia honduras sin fin que los objetos parecían replicar: las campanas de la catedral eran un pozo vibrante que horadaba el aire para llenarlo de melancolías; los arcos de la plaza abrían portales hacia un mundo cada día más ajeno y el cristal del negocio, visto desde el mostrador, era una ventana que hacía más honda la soledad de quien miraba pasar la vida desde dentro. Pensaba don Belarmino que la muerte de su mujer ponía límite al gusto de soñar. Entregado a esa renuncia había ido cultivando una agonía esmerada que contagiaba su desaliento a la materia. Todo parecía irse desmayando alrededor de la figura encogida del viudo en su reino menguante. Apoyado sobre el mostrador, en una ensimismada espera cuyo fin no podía ser otro que el de la inutilidad de esperar, fueron palideciendo en torno suyo los cartones, apolillándose las telas, muriendo las bombillas, asentándose el polvo y desprendiéndose las estrellas de la noche figurada en el paraguas. Aquellos fulgores del papel dorado, testigos de la ilusión con que su artífice los había ido pegando como quien pone luz sobre los caminos por donde ha de correr la felicidad, habían ido desprendiéndose de su bóveda para morir junto a las bestias inmóviles del portal o para apagarse entre los pies de san José. Y así, pasados los años, el suelo del paraguas había adquirido la rara condición de perdedero de los astros para quien quisiera reconocer derivaciones celestiales en la arquitectura expuesta y en el ánimo caduco de su creador.

Para la vida escasamente ambiciosa de la ciudad, replegada sobre sí misma, sumida en el recuento de las pérdidas que impone el tiempo sobre una historia erigida en el prestigio de lo rancio, la disipación del negocio de don Belarmino era otra prueba de que la historia avanzaba a la deriva, descuidada del respeto que se debe a la memoria del pasado. A la vista del escaparate moribundo, nunca resultó más dolorosa la leyenda que hacía honor a aquella institución desde que el padre del actual mantenedor, a poco de nacer el otro siglo, la esculpiera en forma de arco sobre la entrada: «Por encima de Quirós, solo el paraguas de Dios».

Pero bien está escrito que no hay hora prevista para el milagro ni atisbo de su anuncio hasta que empieza a suceder. Acaso pudiéramos cederle a la niebla el prestigio del signo, la seña que envió el cielo para negar el sol,⁶ que es de todos los accidentes concebidos en la altura el menos cordial con los prodigios. Porque un atardecer nacido para la luz, que quiso el calendario que fuera anuncio de la buena noche que ya temblaba sobre el horizonte, un aliento frío fue descolgándose de lo alto y poniéndole brumas a todo cuanto la vista quisiera rescatar. Quedaron mudos los pájaros y la ciudad sumida en un celaje hecho de silencio y de blancura. Si el reloj de la catedral dio alguna hora nadie hubo de escucharla, que aquel manto enviado por el cielo parecía una mordaza tendida para negar las horas y las casas, las torres y los bancos, los pasos y las voces brotadas para decir la buena voluntad. La ciudad dormía un sueño lento y confuso, a lo mejor no muy distinto al que se asienta sobre los rebaños fingidos del Belén.

Y entonces ocurrió lo que podría estar escrito en una página de las que dicta el misterio, con su caudal de aliento blanco y su provisión de caprichos ideados para redimir los corazones: de alguna habitación oculta de la niebla nació un llanto. Aquel gemido supo despejar una senda en medio de la nube que venía a morir ante la casa de don Belarmino. Con la mirada incrédula, veía él extenderse delante de su puerta un camino muy largo por cuyo fondo ya se anunciaba el origen de las penas. Un niño venía secándose los ojos. Avanzaba lloroso y de vez en cuando volvía la cabeza. Cada vez que lo hacía, redoblaba el llanto. A la altura del escalón que resuelve el encuentro del escaparate con el suelo, se sentó a prolongar su tristeza. Quieto allí, parecía la criatura más abandonada de este mundo. Lo reconoció entonces don Belarmino: era aquel niño que tantas veces le llenaba de babas el cristal del escaparate, ensimismado en su contemplación, mientras su madre se arrodillaba bajo la arcada más próxima y tendía la mano, agradecida de lo que le quisieran dar.

A lo mejor también estaba escrito que el muchacho se levantara para atisbar las honduras de la tienda. Y que su mirada fuera a encontrarse con la de don Belarmino, apoyado en el mostrador. Y puestos a creer, poco cuesta dar por cierto que no habría niebla en aquel camino de los ojos que estorbara el viaje de dos almas necesitadas de encontrarse. Quién sabe qué gesto, después de tantos años de no hacer ninguno, produjo don Belarmino. El caso es que el niño sonrió. Y no hubo de pasar mucho rato para que siguiera con la cabeza el movimiento de quien, resuelto en la penumbra de la tienda, le indicaba con la mano que esperase allí sentado.

Cuando se abrió la puerta del reino de los paraguas, los bastones y los sombreros de paño, el chico aún tenía sobre la mejilla el recuerdo de una lágrima. Don Belarmino se agachó con dificultad hasta ponerse a la altura del pequeño. Y en esa posición arriesgada para quien tanto ha cultivado la seguridad de apoyarse siempre en algo, puso a la vista las manos que traía ocultas a la espalda. Extendió el niño las suyas al tiempo de sorber un hilillo de mocos que quería correr sobre los labios. Al abrigo de la niebla que invadía los soportales parecían el viejo y el niño dos figuras dudosas, detenidas por el tiempo en un encuentro sin edad. Pero lo cierto es que las manos se movían, y brillaban los ojos y querían brotar las palabras para poner fiesta en aquel comercio que hacía cambiar de dueño una mula y un buey. Ya se incorporaba don Belarmino trabajosamente, temeroso de no hacerse con el gobierno recto de la espalda, mientras corría el niño con aquella humilde ganadería entre los dedos a perderse por la nube que lo había traído. Con las manos en los riñones, aún inseguro de que no le doliera nada, oyó don Belarmino la voz del niño gritando alegre el nombre de su madre, los pasos cada vez más apagados en la niebla.

Amaneció la ciudad sin las brumas que la habían distraído de su fábula de lágrimas para asentarla en el candor. Y volvió el sol a revelar las cosas como son. Pero viendo el aire ausente de los primeros paseantes que cruzaban la plaza, se diría que los corazones aún dormían. Era como si todo siguiera prendido del aliento que invadió las últimas luces de la víspera para traer en su avance al Salvador.

No fue hasta bien entrada la mañana, con la plaza bulliciosa y distraída, que empezaron los oficios de la niebla a revelar su sedimento. Alguien dio una voz y fueron acudiendo todos a la llamada, que se resolvía en un dedo tendido hacia el negocio de don Belarmino Quirós. Al fondo de la tienda estaba su dueño sentado, leyendo el periódico. Lo hacía con buena luz y las piernas estiradas, buscando el apoyo de los pies sobre un cajón a medio abrir. Pero pronto aquel pasmo del negocio abierto en Navidad que revelaba a su dueño en una postura insólita, dejó sitio para mayores maravillas. Siguiendo el rumbo de otro dedo que apuntaba ahora al escaparate, todas las curiosidades corrieron a reunirse en un rincón. Allí, donde se pedía mirar, resistía el paraguas de las estrellas derramadas. Pero en su centro ya no velaba san José. Todos lo veían ahora plácidamente tumbado, libre de otro estorbo que no fuera la vara. Y más que apoyo donde llorar ausencias, parecía el palo un camino sembrado de flores sobre el que echarse sin hora a descansar

